

## Relatos silenciados por el mito, en *Una bendición*, de Toni Morrison

Nancy Viejo

Facultad de Filosofía y Letras, UBA, CIFAL, UNC

### Resumen

Tony Morrison indaga en *Una bendición* en los orígenes de los Estados Unidos a partir de los relatos de cuatro mujeres, que develan la historia oculta detrás de los mitos. Como en la célebre *La otra historia de los Estados Unidos* de Howard Zinn, Morrison muestra la pérdida de una solidaridad posible en términos de clase, entre hombres y mujeres de distintas razas, luego de la matanza que sucedió a la “Rebelión de Bacon”, en 1676. La novela permite considerar el contexto en el que surgen las primeras leyes raciales luego de esta rebelión, en las que se autorizaba a los blancos a matar a los negros “por cualquier razón”. Esta perspectiva renueva la concepciones instauradas en la relación entre esclavitud y raza, actualiza el análisis de las formas de normalización en el ejercicio del poder, a la vez que establece un profundo debate vinculado a los discursos de la Historia y la Filosofía.

En *La historia del racismo*, Michel Foucault reconoce que la recuperación de nuevos aspectos de la historia, en el sentido de los “saberes ingenuos, jerárquicamente inferiores, por debajo del nivel de conocimiento o científicidad requerido”, tradicionalmente ocultados por la sistematización formal, le permitieron realizar su crítica a las instituciones (como el manicomio o la prisión) y, en este sentido, señala que “solo los contenidos históricos permiten reencontrar la eclosión de los enfrentamientos y las luchas que los arreglos funcionales o las organizaciones sistemáticas se han propuesto enmascarar”. En este saber marginado (tanto como en el erudito), explica, permanece “la memoria de los enfrentamientos” (1992: 17).

Este es justamente, el lado del “saber” y la “memoria” que Toni Morrison recupera en su última novela *Una bendición* [*A Mercy*] (2008), y es también lo que sustenta el fuerte sentido crítico que confronta el relato mítico de los orígenes de los Estados Unidos como una nación libre.

Ubicada en 1690, próxima a la rebelión de Bacon, Morrison presenta, al igual que la célebre *La otra historia de los Estados Unidos*, de Howard Zinn, un tipo posible de solidaridad en términos de clase, entre hombres y mujeres de distintas razas. En 1676, Nathaniel Bacon, símbolo del resentimiento masivo contra el *establishment* virginiano, logró reunir una gran mezcla de hombres libres, criados y esclavos, encabezando una rebelión que contó con el apoyo de la población de Virginia (2006: 39). Este episodio es el relato fundacional de la historia alternativa que elige contar Zinn:

En 1676, setenta años después de la fundación de Virginia y cien años antes de que liderara la revolución americana, la colonia se enfrentaba a una rebelión en la que se habían unido colonos fronterizos blancos, esclavos y criados, era una rebelión tan amenazante que el gobernador tuvo que huir de una Jamestown –la capital– envuelta en llamas. Inglaterra decidió enviar mil soldados de otro extremo del Atlántico con la esperanza de reestablecer la paz entre los cuarenta mil colonos. Esta fue la rebelión de Bacon. (2006: 37)

Morrison regresa con esta novela al pasado estadounidense, pero esta vez, se retrotrae a esta etapa fundacional que permite intuir una alternativa perdida en la historia, basada en la fraternidad entre mujeres y hombres que sufren el abandono y la persecución. La novela rescata las historias personales de un pequeño grupo de blancos, nativos, negros y mestizos que traba-

jan juntos en una granja de Virginia, durante una época que exigía grandes sacrificios para la supervivencia. Por un corto período de tiempo, las circunstancias los lleva a compartir solidariamente sus tareas sin condicionamientos raciales. Morrison descubre, en este momento histórico anterior a la declaración de la independencia, una clave para comprender el contexto previo a la constitución de las primeras leyes raciales impuestas luego de la rebelión:

Cuando aquella “guerra del pueblo” perdió sus esperanzas (...) una masa de nuevas leyes autorizaba el caos en defensa del orden. Al eliminar la manumisión, así como las reuniones, los viajes y la tenencia de armas por parte de los negros; al conceder licencia a cualquier blanco para matar a cualquier negro por cualquier razón; al compensar a los dueños por la mutilación o la muerte de un esclavo, separaron y protegieron para siempre a lo blancos de todos los demás. Cualquier mejora social entre la aristocracia terrateniente y lo trabajadores, forjada antes de aquella rebelión y durante ella, se desmoronó bajo un martillo blandido en interés de la aristocracia terrateniente. (Morrison, 2009: 17-18)

Como observa la misma narración, el temor de los grandes propietarios de tierras a nuevas rebeliones basadas en la unión de los blancos pobres y los esclavos, derivó en una serie de leyes que terminaron por definir el racismo como parte constitutiva de la sociedad norteamericana, neutralizando todo probable sistema de solidaridades.

El relato de este otro origen, alejado tanto del mito civilizatorio, como del de la libertad o de la tierra prometida, muestra una época en que los sistemas de explotación y esclavitud no hacen diferencias de razas, género ni edad.<sup>1</sup> Además del difundido comercio de esclavos africanos, la gran mayoría de inmigrantes europeos<sup>2</sup> expulsados por el hambre y la miseria quedaban atrapados en un sistema de servidumbre. En Europa se los obligaba a firmar contratos donde aceptaban el pago de su pasaje a cambio de trabajar de cinco a siete años para un amo, se llevaban registros administrativos que, lógicamente, favorecían la explotación de los criados. En este panorama, como explica Zinn, existen múltiples evidencias de que aquellos esclavos y criados que tenían trabajos, amos o enemigos en común, llegaron a tratarse como iguales (Zinn, 2006: 27-49).

Así como la tierra americana en el comienzo de las colonias, este relato congrega a huérfanos y excluidos: Jacob Vaark, un hombre blanco que detesta la esclavitud, es un huérfano que, gracias a su habilidad en los negocios, llega a ser el dueño de la granja donde convive esta pequeña comunidad –casi– inimaginada: Rebekka, su esposa, expulsada por sus padres de Inglaterra; Lina, nativa cuya aldea fue arrasada por la viruela y el fuego (ambos causados por el hombre blanco); Dolor, mestiza, única sobreviviente de un naufragio; Willard y Scully, criados blancos, y Florens, centro del relato, hija de una esclava africana que la ofrece voluntariamente a cambio de las deudas de su amo con Jacob. Una verdadera comunidad de desclasados que ha perdido sus tradiciones, en esta mutua interdependencia poco a poco construye una identidad heterogénea, donde los rasgos culturales y la imaginación se fusionan y las ansias de tener una familia descansan en la proximidad del otro. Esta correspondencia se mantiene sin la intervención de las leyes, que luego vendrán como parte de una guerra social que la clase dominante define en términos raciales para la preservación de sus privilegios.

La novela presenta un enfoque narrativo múltiple, combinación que permite contraponer

---

1 “Las colonias, según parece, eran sociedades compuestas por clases en conflicto –un hecho que oculta el énfasis que ponen las historias tradicionales en la pugna externa contra Inglaterra y la unidad de los colonos en la Revolución. Por lo tanto, el país no ‘nació libre’ sino que nació esclavo y libre, criado y amo, arrendatario y terrateniente, pobre y rico. En consecuencia, las autoridades políticas tenían que actuar a menudo ‘de forma ruidosa y, a veces, violenta’ según Gary Nash. “Los brotes de disturbios marcaron el último cuarto del siglo diecisiete, derrocando los gobiernos establecidos de Massachusetts, Nueva York, Maryland, Virginia y Carolina del Norte”. (Zinn, 2006: 44)

2 “Los criados que se unieron a la rebelión de Bacon formaban parte de un extensa subclase de blancos muy pobres que llegaban a las colonias norteamericanas desde las ciudades europeas y cuyos gobiernos anhelaban su marcha. En Inglaterra el desarrollo del comercio y del capitalismo en los siglos XVI y XVII, más el cercado de las tierras para la producción de lana, llenaron las ciudades de vagabundos. A partir del reinado de Isabel, se introdujeron leyes para castigarlos, encerrarlos en talleres de trabajos forzados o deportarlos.” (Zinn, 2006: 39)

las diversas cosmovisiones y experiencias (de nativos, inmigrantes pobres, esclavos y siervos), al mismo tiempo que brinda una perspectiva general de la vida en este entorno, donde el instinto de supervivencia congrega la acción sinérgica de este conjunto de parias. A través de sus doce capítulos se alternan sucesivamente la narradora en primera persona, Florens, con narraciones en tercera persona focalizadas en el resto de los personajes. En el último capítulo, también en primera persona, aparece la madre de Florens. Ambas han aprendido a leer y escribir gracias a un sacerdote que arriesgó la vida para enseñarles.

Testimonio y legado: el relato comienza con una confesión y cierra con un testamento. En el primer capítulo, la lírica prosa de Florens, se dirige exclusivamente al “herrero”, un africano libre del cual se enamora obsesivamente. Sus ansias de poseer y ser poseída la han esclavizado, dejando expuesto un salvajismo capaz de llegar al crimen. En el cierre, su madre concluye el relato dirigiéndose a su hija. Ya desde su perspectiva, comprendemos que su ofrecimiento a Jacob Vaark fue un acto sacrificial, para evitar el abuso al que su hija estaba destinada. Este hecho aparece como la justificación del título del relato, la “bendición” (o la “misericordia”) que, como ella misma resalta, obtuvo de un hombre que fue capaz de apiadarse de la niña. Salvándose de la posesión en una primera instancia y entregándose incondicionalmente más tarde, Florens, siempre en busca del herrero, recorre una trayectoria que va de la “bendición” a la condena.

Toda afrenta, a los seres y a la naturaleza, todo sufrimiento y vejación parten del deseo de posesión que arrasa con hombres, mujeres y niños y toda la naturaleza (Morrison coincide así, con el tópico faulkneriano). En este territorio “de propiedad privada” (Morrison, 2009: 21), todo y todos son objeto de negociación. Cuando esta pequeña comunidad se desintegra con la muerte de Jacob, su viuda se une a una congregación religiosa y obtiene una nueva mirada desde su posición de clase a partir de lo cual aplica la leyes de exclusión y propiedad (como dar salario a los blancos, vender a Florens y anular su fianza y amistad con Lina).

Esto ya forma parte de la historia conocida, el siglo XVII, como Foucault ha demostrado, es el primer momento de formulación del discurso racial, que ha servido de matriz de los sistemas de dominación social.<sup>3</sup> (Foucault, 1992: 41-57). De todos modos, quizá la verdadera “bendición” que se percibe sean las condiciones que hicieron posible la materialización de los relatos, que se han dado también gracias a la buena voluntad de otro ser humano: la posibilidad que tienen madre e hija de leer y escribir, lo que les permite proyectar al futuro la voz de los silenciados. Junto a las múltiples focalizaciones, cada relato se encuentra atravesado por pequeñas fábulas, cuentos, leyendas, fragmentos que remiten a un universo olvidado, que al recuperarlos agrietan la contundencia del versiones institucionalizadas. Tanto como redención y trascendencia, estos discursos liberan de la sujeción que les ha sido impuesta a los marginados, primero por el contexto material concreto y luego por la historia. Detrás de esta serie de anécdotas y contingencias, los relatos proyectan nuevas voces desde un pasado olvidado, haciendo vacilar la estabilidad de los discursos hegemónicos.

Esta perspectiva renueva la concepciones instauradas en la relación entre esclavitud y raza, actualiza el análisis de las formas de normalización en el ejercicio del poder, a la vez que establece un profundo debate vinculado a los discursos de la Historia y la Filosofía. Los relatos emergen –como saberes sometidos– desde el fondo de la historia para proponer una nueva comunidad donde las voces de los oprimidos recuperen finalmente su libertad.

---

3 Tendremos por ende esta consecuencia fundamental: el discurso de la lucha de razas –que en la época en que apareció y comenzó a funcionar (siglo XVII) constituía esencialmente un instrumento de lucha para campos descentrados– será recentrado y se convertirá en el discurso del poder, de un poder centrado, centralizado y centralizador. Llegará a ser el discurso de un combate a conducir, no entre dos razas, sino entre una raza puesta como la verdadera y única (la que detenta el poder y es titular de la norma) y los que constituyen otros tantos peligros para el patrimonio biológico. En ese momento aparecerán todos los discursos biológico-racistas sobre la degeneración y todas las instituciones que, dentro del cuerpo social, harán funcionar el discurso de la lucha de razas como principio de segregación, de eliminación y de normalización de la sociedad (Foucault, 1992: 56).

## Bibliografía

- Agamben, Giorgio. 1998. *Homo Sacer. El poder soberano y la nuda vida*. Valencia, Pre-textos.
- . 2007. *Estado de excepción*. Buenos Aires, Adriana Hidalgo.
- Benjamin, Walter. 1982. "Tesis de filosofía de la historia", en *Discursos interrumpidos*. Madrid, Taurus.
- Foucault, Michel. 1992. *Genealogía del racismo*. La Plata, Altamira.
- . 1995. *La verdad y las formas jurídicas*. Barcelona, Gedisa.
- . 2006. *El nacimiento de la biopolítica*. Buenos Aires, FCE.
- García Canclini, Néstor. 1995. *Culturas Híbridas: Estrategias para entrar y salir de la modernidad*. México, Grijalbo.
- Morrison, Toni. 2008. *A Mercy*. New York/Toronto, Alfred A. Knopf.
- . 2009. *Una bendición*. Barcelona, Lumen.
- Zinn, Howard. 2006. *La otra historia de los Estados Unidos*. México, Siglo XXI.

**CV**

NANCY VIEJO S LICENCIADA EN LETRAS (UBA). DOCENTE EN LITERATURA NORTEAMERICANA,  
FFyL (UBA), CIFAL, FL, UNIVERSIDAD NACIONAL DE CÓRDOBA.